matemáticas, lo que no disputaremos, y por eso, atribuyendo el milagro á un cambio en el curso del sol, creyó que era mayor milagro el que este astro deshiciera el camino ya hecho, que el de moverse con más rapidez, recorriendo en un minuto, el camino que debería andar en diez horas. En esto no iba muy descaminado, porque el primer portento sería de primer orden ó sea en cuanto á la substancia y el segundo sería solo de tercer grado ó sea con relación al modo. Un milagro es tanto mayor cuanto son más numerosas é importantes las leyes naturales que se alteran.

CAPITULO XXIX.

TOBIAS.

El libro de Tobías nos ofrece un cuadro íntimo de las virtudes, de los sufrimientos y de las alegrías del destierro de Tobías. No es el frío relato de sucesos casualmente unidos entre sí, sino el cuadro de sencillez y de grandeza, de las pruebas de un hombre justo y misericordioso. Tobías es un segundo Job, cuyas desgracias y cuya salvación están de tal modo unidas, que hacen al mismo tiempo de su historia, el manual de los esposos. El ejemplo del joven Tobías muestra cómo deben contraerse las uniones agradables á Dios. La humanidad, el amor paternal, la piedad filial, la dulzura y la probidad de los dos Tobías son

el desarrollo del pensamiento fundamental del libro; la confianza en Dios que no puede confundir al justo." (1)

Este optimismo del cuadro que nos ofrece este libro, así como las dificultades de todo género que surgen de su lectura, movieron á no pocos intérpretes aún católicos, á negar el carácter histórico de este libro, y colocarlo entre los apólogos ó parábolas. Por los datos histórico-cronológicos y geográficos que este libro nos suministra, así como la opinión unánime de los intérpretes católicos y de los rabinos y el uso de la Iglesia que en su liturgia habla del arcangel Rafael y de Tobías y da culto al primero, nos obligan á creer que esta hermosa biografía es rigurosamente histórica. Las dificultades que se objetan, tienen satisfactoria solución como vamos á verlo.

I. LA CEGUERA Y CURACION DE TOBIAS.

¿Quién ha dicho jamás que el estiercol de golondrinas produce ceguera? pregunta la incredulidad y sin embargo, este es el hecho consignado en el cap. II del libro de Tobías, del que parten todas las peripecias del viaje de su hijo y la trama entera de este apólogo. Hé aquí las palabras con las que se refiere este hecho: *Sucedió que cierto dia* [Tobías] *fatigado de haber dado sepultura á un cadá-*

(1) Hauneberg. Historia de la revelación bíblica. Tom. II. 92*

ver, llegando á su casa se recostó sobre la pared y se durmió. Cayó entonces de un nido de golondrinas estiercol caliente sobre sus ojos y quedó ciego. No hay, concluyen nuestros adversarios, proporción alguna entre el efecto y la causa.

Respondemos que de dos modos se puede resolver esta dificultad. El sabio Moigno, hablando sobre este asunto con el notabilísimo químico Mr. Dionisio M. Menard, obtuvo esta explicación que acaba por completo con la dificultad: «El fiemo de golondrina, caracterizado por su olor fuerte, por la sensación de quemadura que causa en su contacto con las membranas del ojo, contiene una porción sensible de cantaridina, procedente sin duda de que las golondrinas cazan la mosca cantárida que vive en el fresno y en algunos otros árboles. Por esto mismo es vegigatorio ese fiemo y puede muy bien determinar la opacidad de la córnea.» (1) En otro lugar añade: según se nos refiere, encuéntranse muy á menudo, en los nidos pequeñas golondrinas ciegas; ¿no pudieran serlo por alguna causa análoga á la ceguera de Tobías? [2]

Pero aun prescindiendo de las cualidades cáusticas de este fiemo, ¿acaso el estiercol caliente de la golondrina, no pudo determinar en los ojos de Tobías una irritación que descuidada ó mal curada pudo producir después la ceguera? ¿No es verdad que las más graves enfermedades, las que terminan muchas veces con la muerte, reconocen por primera causa ó principio del mal, cualquier descuido, cualquier accidente despreciable en sí mismo? Esto se hace más verosímil á quien considere que la Escritura no dice que la ceguera de Tobías le acaeció de un modo repentino.

(1) Esplendores. T. XVIIII, pág. 1.ª Rectificación.
(2) Tomo III. p. 35.

Pero ¿es de creerse, replican los racionalistas, que Tobías durmiese con los ojos abiertos? Respondo que esto no es imposible ni aun inverosímil porque hay muchos animales que duermen de ese modo; pero no tenemos que acudir á ese caso que no es el común, pues muy bien pudo suceder que el estiercol caliente al caer hiciese despertar á Tobías y al abrir los ojos, se introdujese en su interior.

Lo segundo que se nos objeta en esta ceguera de Tobías, es lo que se refiere en el capítulo XI sobre la curación del santo anciano. Se dice que *tomando Tobías* (el joven) *la hiel del pez, untó con ella los ojos de su padre, esperó como una media hora y comenzó á salir de ellos una tela blanca como membrana de huevo y tomándola Tobías la arrancó de los ojos de su padre y al punto recobró la vista.* Los naturalistas, objetan nuestros adversarios, no dicen una sola palabra de esta admirable virtud de la hiel del pez.

Los católicos no pretendemos que Tobías

recibiera su curación de las fuerzas de la naturaleza. Aunque ignoramos si la hiel del pez tiene efectivamente esta virtud, creemos, sin embargo, que esta admirable curación debe atribuirse á una especial virtud que Dios por esa vez y en premio á las virtudes de Tobías confirió á la hiel del pez. Séanos lícito volver á citar en esta cuestión al esclarecido Moigno. "Lo que se ignora en nuestros días es que la hiel de ciertos pescados pueda curar las queratitis y hacer caer de los ojos las cataratas bajo la forma de tenues membranas. ¿Por qué no ha de ser así? La ceguera de Tobías, lo mismo que la de Saulo, reconocía evidentemente por causa, la opacidad de la córnea transparente. Pues bien, esta córnea está equivalente, si no absolutamente formada de capas ó laminitas separadas ó separables, interiores unas y exteriores otras, siendo la condensación de una ó muchas de estas laminitas lo que causa las cataratas ó manchas de la córnea, cuyas variedades principales son el *albugo*, la nubecilla ó *nefelión* y el *leucoma*, y uno de los medios de curación de dichas cataratas es la abrasión, por cuya operación, con un bísturi escarificador se quita la laminita de la córnea en que se encuentra la mancha. Pues bien, lo que el bísturi puede hacer, con mayor razón puede hacerlo el milagro, y nada científicamente se opone á que la catarata ó la capa invadida por la mancha haya podido desprenderse bajo la forma de una película

muy delgada respecto de Tobías y de escama respecto de Saulo. (1)

II. El pez de Tobías.

No es menos opuesto á la historia natural lo que se refiere en el mismo libro acerca de la existencia en el Tigris, de un pez capaz de devorar al joven Tobías. He aquí una nueva objeción de la Falsa Ciencia.

Respuesta.—Si hemos de dar crédito á las relaciones de los viajeros, así antiguos como modernos, no es raro encontrar peces de gran magnitud en el Tigris. Thevenon dice: "Uno de los hombres de nuestro Kelec cogió por la noche y ayudado por la claridad de la luna un grueso pescado; tenía más de cinco piés de largo, y aunque era del tamaño de un hombre, se me dijo que era un pez joven, y que ordinariamente son mucho mayores. Tenía la cabeza de un pie de largo; los ojos á cuatro pulgadas más arriba de la garganta, redondos y grandes como un medio dinero [ó un antiguo ochavo español], fauce redonda y cuando estaba abierta, era tan grande como la boca de un cañón; mi cabeza hubiera podido entrar por ella." [2]

Podemos citar á un testigo aun más reciente. En 1853 M. Víctor Place, Cónsul de Francia en Mossoul, en una carta que dirigió á

(1) Tomo III.
(2) Viaje á Levante, tom. III, lib. VI.

sus maestros escribía: "Bien os acordaréis del famoso pez del joven Tobías, cuya existencia fué admitida con tanta dificultad tratándose de un río en el cual no se espera ciertamente encontrar pez alguno capaz de asustar á un hombre. Pues bien: el pez existe; es pescado á menudo en el Tigris. Cuando yo esté menos ocupado, iré con algunos hombres á coger uno del mayor tamaño posible, y si salgo bien en mi empresa, llevaré su piel al Museo de Historia Natural. Ayer me trajeron uno; más en primer lugar no fuí yo quien lo pesqué, y luego apenas pesaba 300 libras; es muy pequeño y lo distribuí entre mis operarios cristianos que comen de vigilia." (1)

Pero supongamos que este pez no fué bastante grande para devorar á Tobías; ¿es inverosímil que un joven inexperto y que nunca había visto peces de regular tamaño se atemorizase al verlo por primera vez y llamase en su auxilio al angel? ¿Si fuera vano su temor, por eso resultaría falsa la historia?

Ni hay por qué admirarnos de que el arcángel hubiera mandado á Tobías tomar el pez por las agallas, ya porque éste era el medio más á propósito para tomarlo, ya porque de ese modo, no podía dañar á Tobías con los dientes, ya, en fin, porque siendo las braqueas los órganos de respiración, impedidas éstas,

(1) Cosmos, tom. III, pág. 314.

el pez queda muy debilitado y son menores los esfuerzos que hace para evadirse.

III. El demonio Asmodeo.

Todavía es más inverosímil, dice la incredulidad, lo que se lee en nuestro libro acerca de Sara y del demonio Asmodeo. Porque 1º ¿cómo puede creerse que el demonio amase á Sara con amor carnal y que impulsado por los celos diese muerte á los maridos de la misma?

Bien fácil nos parece la respuesta á esta primera objeción. Las palabras de Tobías el joven: *Temo, no sea que muera si la tomo por esposa, porque el demonio la ama*, que no se encuentran sino en el texto griego, expresan solamente la opinión del mismo joven que se hizo eco de una creencia vulgar é infundada que atribuía la muerte de los maridos de Sara á los celos de Asmodeo. Ahora bien, no resulta falsa una historia porque los personajes de la misma tengan erradas opiniones, pues basta para la veracidad de la historia que el escritor consigne en su libro los hechos y dichos de los mismos con toda fidelidad.

Asmodeo dió muerte á los maridos de Sara por permisión divina y en castigo de su desenfrenada liviandad. Así lo manifestó el angel Rafael cuando respondió á las palabras de Tobías antes citadas: ***Escúchame y te mostraré quiénes son aquellos contra quienes puede prevalecer el demonio: Son los que entran al matrimonio excluyendo á Dios de sus almas y***

de sus pensamientos; los que no escuchan más que la voz de la carne como hacen las bestias privadas de razón: sobre éstos tiene poder el demonio. Todo esto también lo permitió Dios para que Sara quedase reservada á Tobías, como estaba decretado por el Señor. *No temas*, dijo el angel á Raquel *al darle á Tobías, porque á este hombre temeroso de Dios estaba reservado casarse con tu hija;* por eso otro no pudo poseerla. (1)

II. Increible también parece que después del segundo, ó á lo más, después del tercer marido muerto, todavía otros cinco, ó por lo menos cuatro maridos, pretendiesen desposarse con Sara.

O bien, después de la muerte de uno ó dos maridos, Sara cambió de domicilio de modo que los nuevos pretendientes ignoraban la suerte de los primeros, ó bien, aquellos estaban de tal manera ciegos por la sensualidad que sólo atendieron á satisfacerla; porque es bien sabido que la lascivia produce en el alma una inconcebible ceguedad y que el lascivo no atiende á otra cosa que á procurarse deleite y consumar así su ruina.

III. No cesan aquí las dificultades que los incrédulos oponen á la veracidad del libro de Tobías. ¿Qué proporción puede haber, añaden, entre la fuga del demonio y la cremación del hígado y de la hiel del pescado?

(1) Tob. VII, 12.

De tres maneras, suelen responder á esta objeción los incrédulos. Hugo Grocio pretende que el demonio Asmodeo no era otra cosa que una indisposición ó afección nociva en el cuerpo de Sara que contagiaba y daba muerte á sus maridos. De este modo, fácilmente explica el ahuyentamiento de Asmodeo diciendo que el humo producido por la cremación del hígado del pez, tenía cierta virtud antiséptica que saneó la habitación y el tálamo nupcial. Para confirmar su opinión, recuerda que los hebreos daban el nombre de demonio á no pocas enfermedades y aun parece que su aserción se deduce de las palabras de Rafael: *El humo expulsa toda clase de demonios, tanto del hombre como de la mujer.* [1] Pero esta opinión choca con la dificultad nacida de la sentencia común de los Santos Padres y expositores, y supone, además, que los esposos de Sara hicieron vida marital con ella, lo cual pugna con el texto en donde se dice ó se insinúa lo contrario.

Tirino refiere todo este prodigio á la inmediata virtud del angel, de modo que, el humo referido, ni por virtud natural, ni por virtud milagrosa produjo la expulsión del demonio. Busca Tirino apoyo de su opinión en las palabras de nuestra Vulgata en la que no se dice que el demonio fué ahuyentado por el humo, sino que al punto en que Tobías arrojó

(1) Tob. VI, 8.

una parte del hígado del pez en los carbones encendidos el angel Rafael tomó al demonio y lo ató, etc. Y si en el texto griego se atribuye la fuga del demonio al humo del pez, depende de que en la Escritura con mucha frecuencia se consideran ciertos hechos como efectos de un suceso anterior, aunque de él no dependan en manera alguna.

De preferirse nos parece la opinión de Estio que cree haber Dios concedido por esta vez una virtud milagrosa á las entrañas del pez. Dice, que así como en los sacramentos de la Iglesia, Dios confiere á las cosas materiales virtud sobrenatural para causar la gracia y arrojar de las almas al demonio, así en esta ocasión la concedió al hígado del pez para arrojarlo del cuerpo de Sara. Esta opinión nos parece preferible á las demás por apegarse más que las otras al sentido literal y además, nada tiene de inverosímil, ni multiplica indefinidamente el número de milagros, ni finalmente carece la historia de la Iglesia de hechos milagrosos semejantes.

No dejaremos de la mano la presente cuestión sin decir dos palabras para quitar el escozor que causa á los racionalistas aquella expresión con que acaba este episodio, á saber: que el angel encadenó al demonio en el desierto meridional del Egipto para que no dañase á los hombres.

Cualquier hombre que no carezca de sentido común, entiende todo esto de un modo metafórico y apropiado á la naturaleza de los espíritus. Aprisionar á Asmodeo en este lenguaje misterioso no es otra cosa que obligarlo ó imponérsele con virtud divina. Ligarlo es impedir que perjudique á los demás. Reducirlo á determinado lugar es prohibirle ó impedirle que ejerza su acción fuera de él. En fin, si se dice que el angel encadenó al demonio en el desierto del Egipto, ó bien, debemos entender que el lugar determinado está puesto en vez del indeterminado, ó bien el angel quiso indicar que el demonio sería arrojado muy lejos de la casa de Sara, y por eso se habla de un lugar tan distante de Persia cual lo es el desierto meridional del Egipto.

CAPITULO XXX.

JUDIT.

Las mismas razones que movieron á no pocos escritores católicos á desconocer el carácter histórico del libro de Tobías, los impulsan á negarlo igualmente tratándose del de Judit. Añádese con relación á éste último la dificultad de colocar el episodio que en él se refiere en algunas de las épocas de la historia israelita.

No podemos, sin embargo, admitir que toda esta bellísima narración sea una mera parábola por las múltiples alusiones históricas, cronológicas y geográficas que en él encontarmos y que son muy agenas de las paráboo-